

Condiciones de Suscripción

Capital e Interior

MES 1.00
TRIMESTRE 3.00
SEMESTRE 5.50
AÑO 10.00
NÚMERO SUELTO 0.05

Se reciben originales
hasta las 10 p. m.

Condiciones de Suscripción

Exterior

TRIMESTRE \$ 6.00
SEMESTRE \$ 10.00
AÑO \$ 18.00

AVISOS

PRECIO CONVENCIONAL

Los originales
no se devuelven

La Protesta

DIARIO DE LA MAÑANA

NÚMERO SUELTO: 5 centavos

Redacción y Administración: CORDOBA 359 Un. Telef. 1797 Avn.

Director y Administrador: JUAN CREAHE

SEMANAS

Dos sucesos importantes se han producido esta semana, que implican para las causas de las nuevas ideas, un paso hacia adelante.

La rebelión del compañero Forqués dentro de las filas militares y el Congreso Gremial que en estos momentos se celebra en el Rosario, patrocinado por la Federación Obrera Rosarina.

El primero siente el antecedente de la insubordinación primera en el ejército nacional y servirá, no lo dudamos, para que otros compañeros, que como él, se ven en la imprescindible necesidad de enrolarse en los registros de conscripción, para cumplir con la disposición del servicio militar obligatorio, se rebelen contra la esclavitud legal, impuesta por el código de la brutalidad gubernativa, dueña de todas las libertades y de todos los derechos individuales.

Aunque a primera vista no tenga mayor importancia el hecho de la rebelión, nosotros la encontramos una desmesurada importancia, pues ello implica claramente un ejemplo que fundará en la conciencia de muchos que por temor al castigo, soportan con estocidad todas las brutalidades cuarteles, y será nuncio de otras revoluciones fecundas en resultados para la causa antimilitarista.

Todo lo que cuesta es dar el primer impulso generatriz de un movimiento cualquiera. Sucedió esto, el movimiento de rebeldía se prosigue.

Por esto vemos en la rebelión consciente del compañero Forqués, un hermoso caso de enseñanza, para los que enemigos del militarismo. Dentro de las filas militares, no se atreven a usar de una actitud en concordancia directa con sus ideas y el estado de conciencia.

La celebración del Congreso Obrero Gremial en el Rosario, nos demuestra que el movimiento proletario encaminado hacia su emancipación, lejos de estancarse como vanamente lo creyó el gobierno y la burguesía al dictar leyes severas de represión, sobre la nueva tendencia de lucha, prosigue en buen camino y que la conciencia obrera despierta a la lucha no aterrorizándose por los vanos escollos que en su camino encuentra.

Como dijimos en nuestros anteriores artículos, es el primer Congreso Obrero que tiene lugar en el interior de la república, lo que vale decir, que allí también existe suficiente elemento consciente capaz de discutir, fuera del terreno de la nueva expectativa, en el de los hechos, sus intereses y sus conveniencias.

Y este congreso que se celebra en el Rosario, en un todo se diferencia al celebrado días atrás en la misma ciudad y que fué organizado por el Partido Socialista Argentino.

Este, organizado por una agrupación obrera, que rechaza todo método político como inútil y perjudicial para la emancipación del proletariado universal, y que en cambio sigue y aconseja como medios, los esfuerzos revolucionarios del obrero con la absoluta prescindencia de interventores, dará, no lo dudamos, buenos resultados.

Y cosa curiosa y bastante significativa. Mientras los delegados del congreso discuten las conveniencias del proletariado en su obra de emancipación, los patrióticos festejaron ayer, segundo día de la celebración del congreso el aniversario de la Jura de la Constitución Argentina.

Los primeros protestan porque la libertad no existe sino como letra escrita en las páginas de la constitución, pero en cambio la esclavitud capitalista, y la tiranía gubernativa que existe. Los segundos festejaron ayer el aniversario de la jura de la constitución y por lo tanto el reinado de la linda libertad de que gozamos.

Cruel contraste estos.

El ojeo que se ve explotado durante toda su vida, que no goza de libertad, pues ésta a la merced de

cualquier patrón brutalote y de cualquier capitalista furiosamente rabioso por enriquecerse, sabe bien que la libertad que la constitución concede a todos los habitantes de esta República (Jauja ideal con la que soñaban algunos misifladores), no es más que una cruel estupidez.

Todo es mentira. Para el obrero de hoy no hay más derecho—por más que éstos dicen haber sido reconocidos por las fórmulas vigentes gubernamentales—que los de la explotación ajena, no hay más deberes que el taller, no hay otra libertad que la de morirse de hambre cuando se le niega el trabajo y cuando no se le niega, no tiene más ley de vida que la que

quieren acordarle todas las brutales fórmulas legislativas y todas las disposiciones más o menos transitorias de los poderes públicos, del capitalismo y de la burguesía; trilogía que todo lo acapara en provecho de unos cuantos privilegiados que gozan de todas las libertades y de todos los derechos, sin que los deberes que la sociedad le impone, que no se le impone, sean causa poderosa para sofrenarlos.

Y esta es la ley suprema que rige en el presente, por más que los cantadores de la libertad digan en todas las circunstancias y en todos los casos que la libertad es cierta, y se en-

peñan para demostrarlo haciendo enormes derroches de dinero en iluminaciones, en adornos, en palitruques de mal gusto, en gallardetes con los colores de la bandera nacional y en inscripciones más o menos alegóricas a las fechas en que estas libertades fueron juradas.

Merece breves consideraciones esta cuestión de las fiestas patrias en que el gobierno, rememorando el recuerdo de épocas pasadas de la historia, engañan al pueblo, siguiendo una antigua costumbre de que a éste se engaña con relumbres, con aparatosidades, con ruidos y con nueces como vulgarmente se dice.

Pan y circo era la consigna que tenían los antiguos emperadores de la antigua Roma, para que el pueblo permaneciera contento y no se rebelara en contra de todas las orgías brutales y de todos los crímenes encubiertos en que se pasaban los años de su reinado.

Esta misma consigna la han heredado los nuevos emperadores de las repúblicas modernas, pues dentro de un orden absolutamente constitucional, son dueños absolutos del poder los presidentes de los actuales Estados reoublicanos, la ponen en vigencia en todas las ocasiones que encuentran favorables para la prosecución de la obra negativa.

Al pueblo, como aún vive en la inconsciencia de lo que la libertad representa y de lo que es el derecho que en la vida le corresponde, las charangas militares, los relumbres, el traje galoneado, lo arrastran, lo engañan.

Y Roca y Batlle y Loubet y todos los que se hallan encaramados en el poder, engordando con el sudor del pueblo, sin importárcelos las miserias y los sufrimientos de clases, la pobreza y la riqueza, esos dos polos opuestos de una sociedad que se titula igualitaria, que desde un tiempo inmemorial vienen acumulándose en el corazón de los hombres que forman la mayoría de las naciones.

Se retiene de esta manera la explosión violenta de todos los sufrimientos y la conflagración de todos los odios que la diferencia de clases, la pobreza y la riqueza, esos dos polos opuestos de una sociedad que se titula igualitaria, que desde un tiempo inmemorial vienen acumulándose en el corazón de los hombres que forman la mayoría de las naciones.

Pero ha de llegar el día en que todos se den cuenta de los fines que los gobiernos persiguen con esa repetición de fiestas sin ningún fundamento y entonces el engaño no será posible ya más.

La consigna «Pan y circo», heredada de las pasadas edades de barbarie, en la que la esclavitud estaba sancionada por los códigos humanos, se pulverizará y los gobiernos no tendrán en que apoyarse, para que el pueblo mansamente siga sus determinaciones.

Y las fiestas patrias, toda esa glorificación de las épocas que recuerden hechos más o menos insignificantes en la evolución humana, pasarán desapercibidas.

El militarismo no existirá, porque habrása huido con todas las cosas que recuerdan el pasado.

Y las inútiles paradas no detendrán el movimiento y no paralizarán el tráfico público.

PAUL FOURNIER.

De las tinieblas a la Luz

Por la idea luchamos, por ella sufrimos hacia ella y por ella vamos.

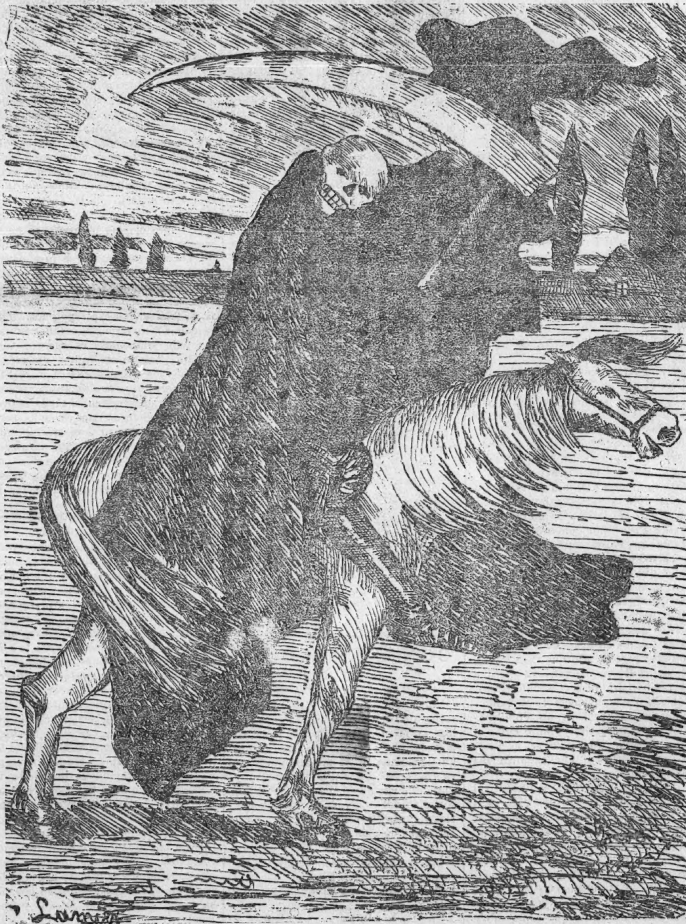
¿Qué importan las persecuciones y los martirios de tantos luchadores? Las vidas sacrificadas en holocausto al ideal, no han jamás de detener ni un átomo sus pasos gigantes. El día de triunfo. La luz bienhechora amanece con el día. Ella desaparece, no cuando el hombre quiere, sino cuando a la noche sucede su funebre mortaja.

Así las ideas. Podrán los hombres aniquilar las conciencias que transmiten luz del nuevo día; pero cuando esas conciencias mismas han esparcido sus radiantes destellos de luz bienhechora.

Marcha el progreso. Su cauce siguen las ideas. Inútiles todas las medidas gubernamentales. Todas las represiones resultarán estériles ante el empuje grandioso de la humanidad que nace.

Ella se desenvuelve y desarrolla en

LA GUERRA Y SU SIMBOLO



He aquí la muerte, que bien puede simbolizar la obra del militarismo en la guerra. Sentada sobre un débil caballo extenuado por la fatiga de las largas correrías por el mundo, empujada por el viento de la destrucción, sigue su ruta maldita, con la guadaña enhiesta, dispuesta a cegar nuevas vidas generosas que se inmolan en aras de la barbarie.

La campaña permanece desolada. el movimiento humano en ningún recobro se manifiesta y todo presagia las peyorosas negruras de la muerte en ese retazo de tierra que indica el grabado.

No basta a la obra moderna del progreso, ni al acaparamiento del capital, los miles de víctimas diarias que las maquinarias, el trabajo excesivo, inmolan.

No basta la barbarie de la sociedad presente que tantas víctimas cuesta. No. La barbarie de la guerra es necesaria, se impone, para que los campos que no producen, sean fecundados con la sangre vertida en aras de un ideal de prepotencia.

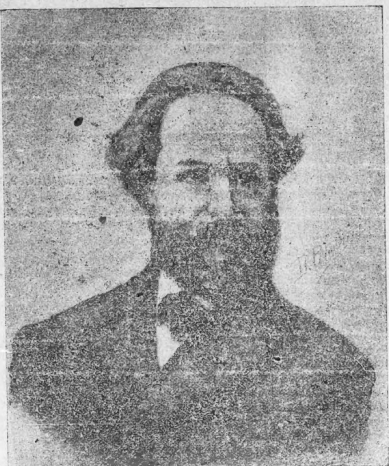
No basta el abono químico para que la semilla fecunda, transformándose en fruto.

Es necesaria la sangre humana para que la vida de la vejetación adquiere la exuberancia tropical. Poco importa que los cadáveres se agrupen, que los hogares se destruyan, que las regiones prósperas se tornen en sábanas de desolación donde la vida es imposible.

La Guerra es necesaria, para mantener dividido a los hombres, para que el odio arraigue en el germen humano, para que se destruyan y se maten como chachales.

La tiranía y los gobiernos tienen en ella su mejor arma para sostenerse.

Los precursores de la Revolución



ELISEO RECLUS

gazanería, la «saudalia de la humildad» o sea besar la zapatilla ó la chancla del santón, y, sobre todo, la resignación, crimen de la más infame puesto que aniquila la voluntad de vivir y rompe en el hombre el resorte interior anudando la aspiración a la conquista, el santo orgullo que omnia á afrontar los peligros, á vencer las dificultades y llega hasta imponer la comparsa de la iniquidad de los dioses ante la conciencia del justo; he ahí lo que el cristianismo inocula á sus hipotizantes discípulos; esa es la «malaria» que durante quince siglos ha narcotizado al mundo occidental; tal es la predicación de los obispos de la cristiandad desde los tiempos de Constantino hasta los de Bonaparte, desde el edicto de Milán hasta el Concordato con el objeto de facilitar las depredaciones de la loba romana y para que el empujador de oraciones encierre el toro del trabajo y los bienes del pobre en sus cavernas litúrgicas.

No amar, no desear, presentar la mejilla al abofeteador, arrastrarse bajo la bota del poderoso, lamer la alparagada resaca del fraile; los cristianos no tienen otra moral, otro ideal, otro objetivo.

Tienen miedo del dolor, del orgullo, de aquellos instantes sublimos en que el hombre, sobreponiéndose ó lo que en el hay de efímero, se eleva infinitamente sobre intereses menudos y poquitos individuales, hasta tocar las cimas del lucimiento y de la felicidad; excusan ó intentan manchar con las mormuraciones obscenas del confesionario, con los grotescos anatemas contra lo que torpemente denominan las impurezas de la carne.

Los delirios infinitos, los transportes sin medida, vivientes en nuestro cuerpo llevando en germen de vida la futura humanidad.

El odio del cristianismo por el Trabajo, por la Justicia, cuatro virtudes cardinales que el gran Zola decía: «no sede á la utopía de sus últimos días: el odio del cristianismo para todo lo que constituye la nobleza y la generosidad del hombre fué la causa principal y determinante de su fatal éxito».

Al que quiere dormir poco lo importa el modulator de Job ó el establo de Irua, lo que quiere es soñar, y los sueños serán tanto más gratos cuanto más nefastos sean.

La iglesia católica no es la taberna de opio donde se afila el yatagán de los kalfas; ni tampoco el aquellero donde los juegos del bello y de la mandragora hacían correr por las venas de los campesinos de la «Jacques» los fermentos de la rebelión vendadora; no, es el manzanillo de adormecedor follaje, el árbol del suicidio estúpido que cubre con sus flores apesadas y su sombra letal á los esclavos resignados á morir.

«La explicación del universo dada por el cristianismo», dice la señora Ankermann, ha traído á la señora un aumento de tinieblas, de luchas y de tormentos. Haciendo intervenir el capricho diuino en el arrebato de las

cosas humanas, las ha complicado, desnaturalizándolas».

Pero, herido en el corazón, el cristianismo se derrumba agonizante en el odio y la mentira, como un condenado á muerte que no quiere morir.

Cómplice de los ricos, pagado por los explotadores, presta su cinica ayuda á los privilegiados y endurece contra los miseros desheredados la conciencia de los burgueses. Para dar gusto á su clientela de brutos y cobardes, se ha dado una mentalidad adecuada á la de ellos. Si pudiese rechazar la metafísica de Anastasio, borrar el símbolo de Nicea y olvidar su «sacros», se consideraría feliz aun cuando esos últimos vestigios del pensamiento.

Donde hallan audiencia el corazón de Parayle-Monial y Bernardita de Lourdes, qué sirve razonar aunque sea tocando en la argucia? Los curas católicos ya no son felices; alternativamente y según las circunstancias son socialistas, taumaturgos, curanderos, políticos, es decir, defraudadores y vendedores de un curulo todo, que la bestialidad humana, católicamente conservadora, paga con millones y con servilismo.

Sin embargo, tanta maldad ha llegado á presentarnos como una especie maldita y repugnante; por honda que sea la cima de abyección y de vergüenza en que están sumidos, los desgraciados se hacen verse batidos y como señalados con el dedo por la crítica racional, la antropología y la historia; reducidos al íntimo papal de charlatanes de feria que con su charla y su bombo reúnen ante su barraca los incapacitados y los degenerados, mientras pasan de largo los pueblos que marchan hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero.

LAURENT TAILHADE.

CRÓNICA MILITARIA

Los tambores repiten sus secos redobles; los clarines lanzan al viento sus notas estridentes. Los soldados van á la guerra.

«¡Los soldados!» Van á la guerra y no saben por qué. Ellos no entienden de diplomacia; ellos no entienden la jerga gubernamental. No la entienden ni los importa.

Nacieron pobres, y el trabajo brutal de nuestra época fué el premio á su nacimiento. Ni tiempo tuvieron para deleznar en la escuela.

Pasaron su vida sobre un mar de miseria, encorvados, con la frente pegada en la tierra, devolviendo una gota de sudor, mil gotas de sudor por cada grano que se llevaban.

Pasaron su vida en la fundición, machacando el hierro, friéndose en los hornos, embrocándose sus músculos en un trabajo penoso.

Pasaron su vida en la mina, negros y harapientos, convertidos en monstruos, teniendo siempre ante sí la visión fatídica de la muerte.

Pasaron su vida en la explotación

y el dolor, vegetando en la negra noche del sufrimiento y la miseria, buscando consuelo en el alcohol que envenera y denigra, sin más placeres que los del bruto saciado al azar, sin otro porvenir que el hospital ó la cárcel y una muerte prematura.

Las hostilidades se han rotas; y ellos, que no entienden la jerga gubernamental ni les importa, á la sola idea de cambiar su vida monótona y gris por otra más accidentada, abandonan el hogar, y, casi con alegría, marchan allá lejos, detrás del horizonte, donde el desconocido enemigo les espera para la guerra.

«¡La guerra!»

Treinta, cuarenta, ó hasta sesenta, más siglos aún, que las guerras, esas monstruosas matanzas de hombres vienen realizando la más poderosa obra de perversión y exterminio, segundo vidas, estancando el progreso obstaculizando el triunfo definitivo de la libertad suprema.

No hay un palmo de tierra que no haya sido empapado en sangre. La tierra se espesó á cada batalla. Y no hay un solo rincón de los mares; ningún pequeño golfo, donde, después del abordaje ó cañoneo, no hayan tendido los peces su festín de pingajos humanos marcados en el combate.

Hoy, en el siglo XX, aún se levanta sobre el mundo el fantasma guerrero olivocolorado á las multitudes inconscientes, y, ¡oh! sarcasmo! haciendo servir á la ciencia para sus fines salvajes, de un salvajismo imprescindible y sin límites.

«¿Será eterna la guerra? ¡No acabará nunca!»

A los que tienen conciencia de la vida la visión de la guerra le espanta.

«Con flota de iniquidades está la Historia! Desde que la repasé do muy niño, no he podido olvidar á un rey de Persia, el bruto Jerjes. ¡Iba hacia el paso de las Termópilas! arrastrando en pos de sí una muchedumbre desordenada, seguida de un enjambre de esclavos y mujeres, ¡cinco millones de personas!»

Para pasar al Helospono, el pequeño mar de Mármara, mandó construir un gran puente de barcas; pero, esta primera obra la deslizo una tormenta, y Jerjes, loco de ira, ordenó que el mar fuera azotado. ¡Pobre imbécil! El mar, con la alegría en un gigante libertado, siguió lanzando á la superficie la espuma blanquísima de sus olas bravías.

Se hizo el puente de nuevo, y, ¡cuantas veces, reconstruyendo en mi imaginación aquella escena, he visto á Jerjes allá en lo alto, sentado en el trono de plata que se colocó en la plaza, contemplando el desfile de su ejército á través del puente, desfile que duró siete días con siete noches!

De entonces á Waterloo, á Sedán, á Santiago de Cuba, á Port Arthur van dos mil quinientos años. Durante este tiempo el chocar de las armas ha sido la única música, la música eterna, que ha ido acompañando la marcha de las horas.

«¿Y será eterna la guerra? ¿Y no acabará nunca?»

«¿Que cansancio tan espantoso pone en el espíritu! ¡Que escepticismo tan roedor pone en el pensamiento!»

«Eterna! No, la guerra no será eterna, no puede serlo. La matarán las corrientes filosóficas de nuestros tiempos el sentimiento de justicia que se va apoderando de los pueblos, la ciencia misma que hoy la sirve».

Llegará un día «que los tambores repitán sus secos redobles, y los clarines lanzarán al viento sus notas estridentes, y los soldados, horrorizados, no empujarán las armas, y no habrá hombres que maten á otros hombres».

Entonces, una serenidad inmensa, la serenidad infinita de las multitudes justas, se extenderá por toda la tierra, y no habrá más leyes que las del amor, ni más dioses que el trabajo.

BERNARDO MERINO.

«¡PATRIA!»

Queremos incluir en este número particularmente dedicado al militarismo y su gestadora la patria, el nombre de Juan Piqués, compañero que se halla detenido en el cuartel del 10 de infantería, por el delito de ser hombre. Que hombres la patria no quiere, ella pide eunucos del pensamiento, esclavos sin voluntad, marionetas que sirvan á los fines ruines y bastardos de los titiriteros del guignol patriótico. Para los señores de corazón, para los grandes de pensamiento, los de libre albedrío, ella tiene la ergástula y el castigo brutal.

«¡Oh, la patria! ¡La patria!»

Crónica rápida

Pasan los cañones con ruidos de infierno. Al galope, dejando tras de sí inmensa polvareda, volar, es aquello más que correr, cruzan los ginetes. La infantería desfilaba monótona, con paso mosarado, de automáticos.

Por la gran avenida, donde el cerzo invernal juguetea con las hojas caídas, yo, supremo amante de la vida, sintiendo en mis venas bullir la vida nueva, roja é hirviente, contemplo el rebufo que inmóvil presencia el desfile. Y sonrío. Dejo trotar en mis labios la risa aprendida en las palabras del viejo de la montaña. Y río sobre todo.

Siguen pasando las maniqués automáticas.

Un grito me arranca brutalmente de mis abstracciones.

«¡Viva la patria! dice el grito; voz agudatona y entrecorrida».

Me doy vuelta y billones frente á un viejo milico, cuyo pecho adornan una cachivachesa colección de medallas. Fijase en mis miradas, y creyéndose un admirador del culto al coraje, levanto con mano temblorosa su grasoito kepi, dejando al descubierto su cana y enmarañada cabellera, díjome alegre, mostrando los negros dientes:

«¡Veterano del Paraguay!»

Apresuré mi marcha, huyendo de aquella triste personificación del militarismo y de la patria.

Y rei, rei sobre todo, sobre la imbecilidad de los hombres, sintiendo bullir mi savia nueva, roja é hirviente, de caminante de la nueva caravana que se dirige á la conquista de la patria grande, sin límites ni fronteras, bella y fecunda: la tierra.

EDUARDO T. CALCAÑO.

9 de Julio, 1901.

PATRIOTISMO

Si alguien supiera en mí falta de honradez ó de veracidad, sus palabras me herirían en el vivo; pero si dijese que no soy patriota, lo oíría impasible. «¿Es que usted no ama á su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado á las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo.

Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibió la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaba 20 millones para emancipar á los esclavos en las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados.

Y cuando Inglaterra abrió sus puertas á los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio.

Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas.

La manera como Inglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones—establecimientos, colonias, protectorados—no pueden ser motivo de satisfacción.

El tránsito de los misioneros á los agentes residentes, luego á funcionarios que capitaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían á sometters, y, por último, á la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, ya gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barutizlandia, declarada colonia británica, con tan poco respecto á la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despierta sentimiento de simpatía hacia sus autoridades.

El amor á la patria se sobrepone en mí al recuerdo de que después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Jefe á recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó á administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Jefe, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haberse comprometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, re-

clamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora. Ni es tan digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada á un jefe de filibusteros, ó en la enajenación de los honores universitarios á un archiconspirador, ó en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «blanda rectitud» de aquellos que se oponen á los planes de agresión. Si por mi amor á mi país no sobrevivo á estas y otras experiencias contrarias, no solo está antipatriótica, perfectamente, acepto gustoso el epíteto.

El grito «¡viva nuestra patria, tenga razón ó no!» lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expone parece legítimo; pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan á la equidad. Puede en efecto, sostenerse que la propia defensa, no solo está justificada, sino que es deber. Supongamos ahora por el contrario, que nuestro país es el agresor, que nos apoderamos de territorios ajenos, ó obligamos por las armas á una nación á recibir productos que no necesita, ó apoyamos á algún agente que castiga á los que se han limitado á aplicar la ley del talión. Supongamos que hacemos algo por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Que querrá decir entonces, «con nuestra patria, tenga razón ó no?» El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra.

«¡Bomó, pues, laducir el grito mal llamado patriótico! Evidentemente desmanejado: trabajo al derecho; arríñala la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el colmo de la maldad.

Exista entre nuestro antepasados, y aún existe muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal, la creencia es un ser que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando el triunfo de los malos. Pueden sintetizarse mejor las abstracciones de este séquito con frases jabajo el derecho! arríñala la injusticia! «Les gusta el paralelo á nuestro sesudo-patriotismo».

Hace algunos años que me presento la ocasión de expresar mis sentimientos de antipatrióticos, sin duda, se calificaron—en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghánistán cuando, persiguiendo lo que creíamos «nuestro interés», invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido—entonces capitán y hoy general—me leyó el telegrama que esperaba veros participara de su ansiedad. Mi contestación la dejó absorto. «Cuando los hombres, dijo, alquilan sus brazos para matar á otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se disponen á servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas».

Preveo la objeción que va á hacérseme. Si se acepta ese principio, se alegará que es posible que haya ejército, el gobierno quedará indefenso. No puedo permitirme á los soldados que juzgan de la razón con que batallan se empeña. Si tal se hiciera, destruida la organización militar, el país sería presa del primer invasor.

No tan de prisa, replicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército sería tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería á esparcir la muerte entre hombres que no sabían si peleaban con razón ó sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra el mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia á la guerra agresiva sino á la defensiva.

Puede decirse naturalmente y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro sin embargo, que una nación pueda limitarse á la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por lo tanto, el principio es válido.

Pro aquellos cuyos gritos son: «¡con nuestra patria tenga razón ó no!» que agregarán á las ochenta y cinco posesiones incorporadas otras adquiridas por ignales medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lumen las máximas que profieren el domingo.

HERBERT SPENCER.

EL VIEJO JUEZ

Un hombre honrado, recto, incorruptible, tal era el viejo juez, en el pueblo donde abundaban los hombres honrados y rectos: el cura, irrepachable, sin un vicio, tan apocado a su curato, el tendero, honradísimo, muy amante de Dios, que había puesto todo su empeño en ayudar a la edificación del flamante hospital; el médico, el notario, hombres honrados, rectos, todos padres de familia ejemplares, honrados, honrados.

Qué diablos! No sabían lo que era manejar un puñal, no sabían lo que era asaltar durante la noche una vivienda y alzarse con lo que había adentro, no sabían lo que era caer de espaldas, borrachos, en medio del arrayal.

¡Eran, pues, honrados, rectos, ¡qué diablos! ¡no eran ellos un ejemplo de moralidad, pese a las habladurías envidiosas?

¡Honrados, rectos, ¡qué diablos! Y esa convicción profunda, esa satisfacción que le inundaba de bienestar, parecía exhibirlas el viejo juez, muy aseado y muy pulcro, en su habitual paseo de todas las mañanas por la plaza, las menos puestas en la espalda, el paso mesurado, saludando protectoramente a la gente que se sacaba el sombrero para responder a su breve inclinación de cabeza.

Ese paseo era un detalle de su vida habitual: levantarse temprano, acordarse temprano, ¡no era eso un motivo más para que nadie dudara de su honorabilidad, de su honradez, de su rectitud?

Además, era implacable con los delincuentes, con los ladrones vulgares de la ley, con los rebeldes al poder, implacable e incorruptible.

Mas, aquella mañana, el viejo juez había anticipado la hora de su paseo habitual y retardaba el regreso a su casa, cosa que nunca sabía hacer.

Estaba cabizbajo, meditativo.

Ese Juan, ese hijo mala cabeza, había armado el escándalo en la casa.

Tenía sus días malos, en que amanece con aspecto raro, sanguinario, una peculiaridad que había manifestado desde niño, instintos de fiera; el médico había dicho que era una enfermedad, una dolencia interna, que muchas veces daba lugar a estados anormales, teniendo algunas como final, el sollozo, la sacudida profunda del corazón, inundando de lágrimas el semblante.

Era un espectáculo que conmovía. El médico había dicho que era preciso rodearlo de cuidados, no provocar en él esos impulsos peligrosos.

Pero, la madre, siempre la madre, con su carácter irascible, siempre dando motivo para que el muchacho explotara, se pusiera rojo de ira, mostrara su actitud de tigre.

Ella era la culpable, ¡bien lo reconocía él!

Pero aquel día, el muchacho había estado excepcionalmente salvaje, había saltado como fiera sobre la madre, le había descargado el golpe, abriéndole larga herida en la cara, y luego había corrido al campo, rápido, veloz, en busca de la selva, rugiendo, los puños apretados.

Había derribado una patada furibunda al hermanito menor que quiso detenerlo, lo había arrojado sin sentido, amaratado el rostro, exánime, todos los jergaban ya un cadáver.

Eso era grave.

Y el viejo juez pensaba compasivamente en el delincuente, en su hijo, pensaba compasivamente en ese pequeño criminal, ¡qué diablo! al fin y al cabo era un enfermo!

¿No lo sabían bien todos?

¿No lo había dicho el médico?

¡Acaso, después de eso impulso, no era capaz de arrojarse y pedir perdón, llorando a lágrima viva?

¡Acaso, por lo general, no solía ser un buen hijo, con instintos de trabajo, algo rudo, huracán, pero al fin y al cabo, un buen hijo?

No, eso no era para castigarle, había que olvidarlo, perdonar al culpable digno de compasión.

Esas cosas se olvidan entre la familia, esas rencoras no deben existir, ¡qué diablos! era vergonzoso que en casa del juez hubiera un delincuente, eso sería, si llegaba a saberse, perjudicial para la consideración de que gozaba el juez.

Vamos, las gentes habían de reír al saber que en la casa del juez había un hijo que era un delincuente; eso no podía ser, se trataba únicamente de un enfermo, el médico lo había dicho.

Y después de pensar en todo eso, el viejo juez se encaminó, resuelto y se-

rono, a su casa, donde aguardaba la madre, metida en cama, ensangrentada la cara, rodeada de las hijas que le redoblaban sus cuidados.

—Es preciso ser implacable, murmuró cóclica la mujer; ya no es el primer caso, ese hijo monstruo repite su hazaña, y si no corriges el mal, tomará su acción por costumbre.

—Bien, mujer; pero repara, es un enfermo, él no tiene la culpa de lo que hace.

—El no tiene la culpa y tú no piensas del mismo modo cuando se trata de juzgar a pobres gentes, también enfermas; entonces eres implacable, incorruptible, muestras una gran alegría cuando puedes enviarlos a presidio, ¿eh?

—No, esos no son enfermos; para eso no hay alemanes, la ley es terminante entonces en sus determinaciones.

—Vamos, la ley, la ley! me figuro lo que es esa ley.

—Calla, mujer, la ley es soberana, inspirada por Dios, dictada por gente honorable, por beneméritos de la patria!

—Ah! ¡para ella no hay enfermos?

—Buena cosa es esa ley, tan despreciable como tú!

Dejame entonces que mis propios hijos me aleccionen, que me ocupen! —No prosigas, mujer hay cosas que no entienden ustedes, el sexo las impide comprenderlo.

La ley, eso es sagrado; no se puede hilar mal de la ley, hay que acobardarse... respetarla... someterse... y nada más!

ICBERG.

LA PATRIA

Último refugio de los tiranos y de los prepotentes, Palabra que encierra todo el egoísmo salvaje de las edades que desaparecieron en la vorágine del tiempo, tragados por la ola ascendente de los hombres humanamente pensadores.

Pájaro agorero que al elevar su vuelo, despierta en el interior del hombre, todo el aluvión de sangre y esmermerio que en el dormita como sedimento de barbarie.

¡Patria! grita el egoísta que se une, de en el fango de la vida.

Humanidad, el hombre libre, que de cara al astro rey día, se encamina, sereno a la montaña.

UNO.

Páginas Inmortales

Si es dijese que todos los gatos de una gran nación se han reunido a miles en una llanura, y que después de habes maullado toda su rabia, se han lanzado furiosamente unos contra otros, clavándose los dientes y sacando los ojos, que de esta pelea han resultado de una parte y de la otra nueve o diez mil gatos tendidos en el campo, inflando el campo diez leguas a la redonda, ¡no dirías; he ahí la cosa más repugnante que pueda concebirse! Si los lobos hiciesen lo mismo, ¡qué aullidos! ¡qué carnicería! Si unos y otros dijese que aman la gloria, delicias que es locura y gloriarse en destruir y aniquilar su propia especie, y hasta os reírías de la ingenuidad de las pobres bestias.

Sin embargo, nosotros, como animales racionales y para distinguirnos de los que sólo saben servirse de sus ojos y de sus dientes, habéis inventado juiciosamente las lanzas, las flechas y las cimitarras porque con las manos muy poco daño os hubieseis causado: arrancados los cabellos, arañados la cara y todo lo más sacados los ojos, mientras que provistos de instrumentos cómodos podéis causaros recíprocamente anchas heridas de donde corra hasta la última gota de sangre. Y como de año en año os hacéis más razonables, habéis enriquecido nuestra manera de exterminaros con bolitas que os matan de repente si os tocan en el pecho o en la cabeza: siendo otras más pesadas y macizas que os dividen el cuerpo en dos ó que os despanzurran, sin contar aquellas otras que cayendo sobre los tejidos de nuestras casas perforan los pisos y van desde el granero a la bodega haciendo saltar por el aire con las casas vuestra madre enferma, vuestra mujer parturienta, el niño que nace en la cuna, vuestro anciano es inválido padre, y con ellos todo vuestro ajuar, y en eso consiste la gloria.

LA BOUYERE.

(Les Juguenais).

En la aldea dominaba la destrucción, mostrando todo lo que la fuerza tiene de adominable cuando pasa devastadora como furioso huracán.

El espanto que oprimía a los corazones procelia de la vista de los escombros de aquella aldea tan risueña tres días antes, de sus alegres casitas en medio de jardines, y a aquella hora fúndida, anonadada, no mostrando sus paredes ensangrentadas por las llamas. La iglesia ardiendo aun era una vasta hoguera de rojas humeantes de donde se elevaba continuamente al cielo una informe columna de humo negro como un penacho. Habían desaparecido calles enteras de un lado y de otro velanese rostros calcinados bordeando los arroyos en un fango de ceniza negra y espeso que todo lo cubría. Las esquinas encorvadas se hallaban arrojadas como si por allí hubiese pasado un vendaval de fuego.

De otras casas que habían sufrido menos, alguna quedaba en pie, aislada mientras que las de la derecha o izquierda quedaban destruidas por la metralla, levantando sus armaduras semejantes a desnudos esqueletos. Después velase la desolación muda de lo que se había intentado salvar: pobres muebles arrojados por las ventanas y de tocados en las aceras, mesas con las patas rotas, armarios de costado, abiertos ó de puertas rotas, ropa arrojada, desgarrada, manchada con todas las huellas del pillaje, y a punto de disolverse bajo la acción de la lluvia.

EMILIO ZOLA

La De'acle

Pro-LA PROTESTA

El grupo dramático "La Protesta" dará la noche del 17 del corriente, a las 8 1/2 de la noche, en el local de la Casa Suiza, una gran velada a total beneficio de LA PROTESTA, con el siguiente

PROGRAMA

1. Sinfonía por la orquesta del "Orfeón Libertario".
2. Palabras de apertura por el compañero Perfecto B. López.
3. Se pondrá en escena el drama en un acto, original de E. Bianchi.

NOBLEZA DE ESCLAVO

Clara. Sta. AGUSTIN
Carlos. Sr. A. AGOSTO
Antonio. Sr. A. LERIO
D. Segura. Sr. M. MARIN
D. Carlos. Sr. M. MARIN
Samuel. Sr. N. N.

4. Número exótico de imitaciones por el artista Mister Cloti.
5. *Hércules ingrato*, monólogo de A. Gripi-Voz, desempeñado por Andrés Alonso.
6. *Los diez de los parangas*, por Andrés Alonso y Mister Cloti.
7. *El rabonero*, monólogo de Perfecto B. López, desempeñado por Carlos Balasán.
8. *También la gente del pueblo!* diálogo, desempeñado por Andrés Alonso y R. Varela.
9. *Números de cantos cómicos* por la transformista Mister Cloti.
10. *El acedase*. Final dramático de un acto, por los compañeros Balasán, Alonso y Pepino.

En los intervalos el "Orfeón Libertario" ejecutará los himnos revolucionarios.

EL MILITARISMO

VII

Todo lo que las paredes del cuartel esconden de horrores y miserias, ha sido puesto de manifiesto por Lucien Descaves. El fué soldado y sargento, fué degradado y fué procesado por haber escrito "Sous-offrs".

Su obra anti-militarista es inmensa, numerosos son los libros dedicados a esta propaganda.

Por su talento y el vigor de su pluma, ha conquistado un puesto en primera fila al lado de Mirbeau y France.

Extraeremos algo de su libro "Las miserias del sable".

"Tuve un hijo, soldado como ustedes, señores. Fué sometido a un consejo de guerra y fué condenado a la pena de fusilamiento por haber castigado a un sargento.... La pena fué conmutada por cinco años de trabajos públicos.... Esto lo mató igual.... Murió allí...."

Antes de comparecer al tribunal, fué al cuartel para abrazarle y suplicar a los jefes el perdón de la pena de mi hijo.

Mi chico me lo contó todo. (Si supieras, mamá, lo tenía (al sargento) siempre encima. Soñaba con él, a la noche, cuando estaba de semana, y cuando atravesaba por el cuartel me ponía de pie. De una mirrada....

Era como si me hubiera pasado su mano fría por entre los hombros.

La última vez, una inspección de sábado, el sargento no encontrando

nada, que reprocharle al chico, lo ordenó descalzarse y enseñar sus pies... Era la primera vez que se le exigía esto, bajo el pretexto de averiguar su limpieza.... Mi hijo se extrañó, discutió y como el sargento se agachó como queriendo obligarlo a cumplir con sus órdenes, fué cuando mi pobre chico le dió un empujón....

Si, señores, el capitán hizo venir á ese crápula de sargento delante mío, derecho como un palo, y se puso á afirmar y mantener su acusación....

Entonces le supliqué.... Ignoro todo lo que le he dicho.

Me venían desos.... desos que no sabía calificar dentro de la pobre bestia que soy.... Era una madre.... y quería matar á mi chico....

Nada hizo, lo mandaron allí y murió.... Ah!...

De "Sous-offrs".

Entre los jefes, se distinguía un sargento, autoritario y cruel como todos los débiles cuando mandan.

Los oficiales le reservaban el cuidado y la misión de hacer maniobrar el pelotón de penitentes, porque en sus manos los hombres castigados corrían ó quedaban parados delante de la pared blanca, según fuera la temperatura del patio, elevada ó muy fría.

Jugaba él en verdad con los prisioneros, sin cansarse, ordenando un movimiento cada dos minutos....

Entre los cinco hombres inmóviles y la pared que tenían por delante, el sargento con el fusil colgado al hombro, pasaba como soñando, hasta encontrar un pretexto para olvidar á los prisioneros en la última posición que les había ordenado. "¡Uno!", y pasaba guardando una actitud parecida á la que se guarda cuando se sigue las moscas en su vuelo, y gritaba "¡Dios y seguía mirando con interés marcado las hendiduras de los muros.

De vez en cuando guiñaba á su gente, sabiendo muy bien que el brazo se le endurecía, y gritaba "¡tres!" en el momento preciso que los veía los dolores helados por el frío, prontos á soltar el fusil.

Su ferocidad por un tal Eveline, parisense, que el sargento llamaba "La forle tótes de la compañía, no conocía límites. Le hacía repetir varias veces seguidas los movimientos, acusándolo de cometer faltas á propósito en la ejecución.

Lo vigilaba de un modo especial. Lo obligaba á hacer ejercicios con la bayoneta, mientras el sargento le gritaba: "¡Posición de guardia!... los garros doblados!... la mano derecha junto á la cadera!... la mano izquierda sosteniendo el fusil.... Y ahullaba en la cara de Eveline: "Un paso adelante!... Un paso atrás!... Media vuelta!... ¡Vamos, cochino!"

Hacia más de cinco minutos que lo tenía extendido bajo su mirada, cuando pasando por delante de Eveline, le empujó el arma haciéndole perder el equilibrio.

Fero fué como un resorte demasiado comprimido que se distendió la actitud de Eveline. El sargento se adelantó á un costado, tanto que la bayoneta lanzada con toda fuerza por el parisense, se rompió en la pared....

Había más de cien personas en el patio, cuando dos hombres llevaban hacia el calabozo al rebelde, huracán, domado, con ojos de loco, llorando lágrimas de niño. Y sólo decía: "¡De sus fortunas!... je suis fou.... je suis fou...."

¡Qué aberración, qué locura conduce á los hijos del pueblo á estos madereros que se llaman cuarteles?

¿Cómo, por qué? Después de tanto sufrimiento y de tantos martirios, no imitar al parisense Eveline?

¡Por qué no se rebelan con más acierto y más acerto que aquel pobre?

¡Y cómo existen aún padres que permiten que sus hijos sean víctimas de los infernales brutos que asesinan?

¡Por qué las madres, las hermanas, las novias, no van al cuartel cuando se matan á sus hijos, á sus hermanos, á sus amantes, sin llorar á los pies del verdugo, pero sí con el propósito de vengar á los mártires?

¡Y por qué los dejan ir al cuartel, cuando sería tan simple, tan dulce, seguir amándose fuera de las fronteras, fuera del circo donde se sacrifica de modo tan estúpido y bestial?

J. C. COLLOMBES.

Creo firmemente que la ciencia y la paz triunfarán de la ignorancia y de la guerra, que los pueblos se entenderán, no para destruir, sino para edificar, y que el porvenir pertenecerá á los que más hayan hecho por la humanidad paciente.

PASTEUR

Vida Proletaria

ZAPATEROS

Mañana lunes, los patronos abrirán las fábricas.

Tenemos fué en la conciencia de los obreros huelguistas y la seguridad absoluta de que nadie, mañana, cuando el silbato llame á la diaria tarea, se presentará á los talleres.

Lo esperamos.

ASAMBLEAS DE HOY

La Federación de Calzado celebrará asamblea hoy á las 9 de la mañana, en los siguientes puntos: Puzos 742, Estados Unidos 3045, Gurruchaga 11.

MAQUINISTAS Y ESCARPINISTAS

Este gremio celebrará asamblea hoy á las 9 de la mañana, en el local Loria 638.

ALBAÑILES Y ANEXOS SECCIÓN BOCA

La sociedad de resistencia de obreros albañiles y anexos, sección Boca, celebra gran reunión y conferencia hoy, á las 2 p. m., en el local de la calle Almirante Brown 1121.

ALBAÑILES

Celebrarán reunión hoy á las 2 de la tarde, en el local social, para tratar la siguiente orden del día:

- 1.-Lectura del acta anterior.
- 2.-Entradas y salidas bimensuales.
- 3.-Elección del presidente y comisión.

- 4.-Asuntos asamblea trimestral.
- 5.- » C. D. quincenal.
- 6.- » Alfredo Lozía.
- 7.- » varios.

PANADEROS (1ª SECCIÓN)

La sociedad de obreros panaderos (1ª sección), invita á sus socios á la asamblea que se efectuará en el local Ayacucho 311, hoy domingo á las 8 de la mañana, para tratar sobre el aniversario de la sociedad.

HARRINGTON

Poned unos perritos en un saco y sacidille; los perros se morderán unos á otros y á ninguno le quedará la idea de morder la mano que los saca.

VELADAS Y CONFERENCIAS

OTRO BENEFICIO PRO LA PROTESTA —El grupo Libertario Caballeros del Ideal, prepara actualmente una velada á total beneficio de LA PROTESTA, que se realizará la noche del 24 en el salón de la Casa Suiza.

En esa velada se rifará un cuadro retrato de Emilio Zola.

Oportunamente daremos á conocer el programa.

C. INSTRUCTIVO DE AMIGOS.—Patrocinada por este centro, los compañeros Dr. Ucar y Edmundo T. Calcaño, darán en el salón de la sociedad Cavour calle Sarmiento 764, en Barracas al Norte una conferencia sobre tópicos sociológicos, hoy á las 2 1/2 p. m.

A la entrada se cobrará una cuota voluntaria cuya minimum será 10 céntimos, destinándose el producto á los gastos del acto.

GRUPO "NUEVA LUZ".—En el local Gurruchaga 41, dará este grupo una conferencia, hoy á las 2 de la tarde.

GRUPO ADELANTE.—Invita á los jóvenes á la gran conferencia que celebrará hoy domingo á las 2 p. m. en el local de los Sombrereros, Solís 2149. Harán uso de la palabra varios compañeros.

Movimiento anarquista en la Argentina

ALCALÁ DEL VALLE —En Matheu 1070, se reunirá el grupo "Alcalá del Valle", hoy domingo, á las 2 p. m.

EL GRITO DEL BARRIO —En el lugar de costumbre se reunirán los afiliados de este grupo, hoy á las 2 de la tarde, para ultimar los trabajos de la controversia en Bélgica, ponerse de acuerdo sobre el manifiesto y la edición del folleto.

Quedan invitados á esta unión los afiliados del grupo "Germinal".

Correspondencia de Administración

N. T., Chile.—Le remitimos los 20 ejemplares que pide; su anterior no habíamos recibido.

J. G., Pilar. Recibimos \$ 10. L'Académie no sale más.

J. L. Alberdi.—Recibimos 10 pesos, mandaremos lo que pide.

Libro de Amor.—Recibimos 2 pesos por 2 suscripciones de Baudraco.

J. V. Mendoza.—Recibimos la suya quiere explicarnos como debemos hacer con los que no reciben?

B. Muratti, San Nicolás.—Recibimos 4 pesos.